

Zygmunt Bauman,
Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997, 284 páginas.

Del origen y muerte del "intelectual"

¿Qué son los intelectuales? En *Legisladores e intérpretes* Bauman nos muestra por qué esta pregunta no admite una respuesta unívoca. Definir qué y quién es un "intelectual" se ha vuelto una tarea tan ímproba como decidir, desde los *ready-made* de Marcel Duchamp, qué es una obra de arte: hoy resulta evidente que ambos términos no tienen un referente determinable a priori, qué se trata de construcciones históricas (relativamente recientes, por otra parte) y que como tales remiten a un universo de realidades cambiante e inestable; en fin, que no hay parámetros transhistóricos o transculturales para decidir qué o quién es un intelectual. Bauman considera, pues, más correcto definir la categoría de "intelectual" como designando no un conjunto de rasgos atribuibles a ciertos sujetos, sino como un *sitio estructural* cuyos límites, contenidos y modos de articulación varían según el contexto en que se inscriben. Sin embargo, para poder descubrir esto fue antes necesario, para Bauman, que la *institución* misma se volviese visible como tal y se hiciera así susceptible de ser escudriñada críticamente, ser ocurriera antes con el arte. Cuando Duchamp recogió un orinal y lo expuso en un museo no sólo

impuso un nuevo "estilo", que se oponía a otros "estilos" precedentes. Con su gesto, Duchamp obligó a preguntarse cuestiones tales como quién o quiénes, con qué autoridad y sobre la base de qué criterios decide qué es y qué no es una "obra de arte", cuál merece presentarse en un museo y si su autor debe o no considerarse como un auténtico "genio". En definitiva, Duchamp, con su "obra" (si así puede llamarse su orinal) trascendió los estilos y abrió la interrogación sobre la trama de relaciones sociales que sostiene al arte como *práctica*. En *Legisladores e intérpretes* Bauman retoma esta problemática y la traslada al ámbito de la categoría del "intelectual". Cómo se configura y altera históricamente el *sitio* designado con el nombre del "intelectual" y cuáles son las condiciones actuales que han permitido al mismo tornarse en objeto de análisis crítico es, más precisamente, el tema que ordena la narrativa –ricamente tramada y sumamente sugerente– de este libro originalmente publicado en inglés en 1987 y que la editorial de la Universidad de Quilmes hace hoy disponible al público hispanoparlante.

A fin de poder tematizar su objeto, decididamente vasto, Bauman se ve obligado a realizar un recorte del mismo adoptando lo que llama el "método configuracional", es

decir, analizando la categoría de los intelectuales "en términos lo suficientemente generales para no limitar su aplicación a los problemas relacionados con la así llamada 'sociedad global'" (p. 34). Los conceptos que ordenan este recorrido "horizontal" que intenta Bauman son los de "modernidad" y "posmodernidad", términos que él distingue de los de "sociedad industrial" y "sociedad posindustrial", respectivamente. Para Bauman el debate entre modernidad y posmodernidad remite a modificaciones producidas en lo relativo a la situación de los intelectuales y, más específicamente, a sus propias percepciones respecto del papel que les corresponde jugar en la sociedad. Identificar tales cambios producidos a nivel de las "visiones del mundo" con aquellos otros que se operan a nivel socioeconómico (como los que implica el discurso posindustrialista) significa, dice, "confundir el tópico por el recurso" (p. 31), es decir, confundir el objeto con los modos de aproximación al mismo tomando así las propias herramientas críticas precisamente de aquellas (en este caso, auto-)percepciones de los actores a las que se busca interpretar.

La posibilidad de establecer un distanciamiento crítico respecto de las autopercepciones de los actores

no es, sin embargo, el resultado de un acto deliberado, sino de un condición estructural. No es casualidad, para Bauman, que los primeros en aportar elementos para tematizar este campo hayan sido los antropólogos, puesto que, asegura, sólo la confrontación con las culturas exóticas permitió, en un período temprano, objetivar aquellas instituciones que hasta muy recientemente se nos aparecían como simplemente “naturales”. El texto seminal aquí es, para este autor, *Primitive Religion, Its Nature and Origin* (1938), de Paul Radin. El mismo le permite trazar la genealogía del intelectual moderno, cuyos orígenes remitirían a los chamanes y sacerdotes tradicionales. En efecto, según afirma, toda definición de un espacio estructural supone el establecimiento de una delimitación; y la aparición de los chamanes y sacerdotes ilustra precisamente el momento de escisión originario en el que se recorta y define aquel sitio en donde se instalarían los intelectuales. Su interpretación de dicho suceso recuerda la idea de Hans Blumenberg del “absolutismo de la realidad”. Según señala Bauman, el factor determinante en la producción de esta escisión es la angustia generada por la falta de control por parte de las comunidades de sus propias condiciones de existencia. Esto abre el lugar a la erección de un sector que se propone mediar entre las comunidades y aquellas potencias que se encuentran fuera de su dominio a fin de moderar su carácter amenazador. Sin embargo, como señala Simmel, toda

institución, al establecerse, despliega su propia dinámica que pronto escapa al control de sus hacedores. El tipo de conocimiento que los chamanes y sacerdotes ofrecen generaría, a su vez, nuevas incertidumbres, lo que estatuye un mecanismo de autopropagación de su régimen de poder. La condición, sin embargo, para ello, es que dicho conocimiento se vuelva esotérico, se sitúe por fuera del alcance de aquellos que excluye de su ámbito y convierte en *objetos*, es decir, en receptores pasivos de su accionar.

El análisis de las “sociedades primitivas”, que ocupa el capítulo primero de este libro, permite a Bauman discutir las características fundamentales que definen tal complejo *poder-conocimiento* como sitio estructural. Sin embargo, como muestra en los capítulos siguientes (dos a seis), el régimen particular de poder que encarna el “intelectual moderno” sólo se articula a partir de una serie de condiciones específicas de la modernidad. En realidad, como señala Bauman, el término “intelectual” es sumamente reciente, y nace, sintomáticamente, en momentos en que dicho sitio se encuentra ya en proceso de descomposición. Hacia fines del siglo pasado, cuando dicho término comienza a circular, la actividad intelectual se había ya fragmentado irremediablemente en una serie de disciplinas localizadas. Éste, pues, no remitía ya a ningún referente, no buscaba designar a nadie en particular, sino que era una especie de “toque de reunión”, una invitación a

incorporarse a cierta clase de práctica, a saber, la de comprometerse con “las cuestiones societales globales” (p. 10). En este sentido, el término apuntaba a crear su propio referente. Portaba en sí, sin embargo, el recuerdo de una experiencia pasada, forjada durante la era iluminista, en que se estableció el “síndrome del poder-conocimiento”, del cual extrajo, en última instancia, su significado. Se intentaba, en fin, con él resucitar la época en que hombres y mujeres de distintas procedencias agrupados en “la dichosa familia de *les philosophes*, leían mutuamente sus obras, hablaban unos con otros y compartían las responsabilidades de un juez colectivo, guía y conciencia de la especie humana” (p. 38).

Sin embargo, esa “experiencia” era ya irrecuperable. La *República de las Letras*, según muestra Bauman, fue un fenómeno focalizado, típicamente francés, que se extendió por no más de veinticinco años durante las postrimerías del antiguo régimen. Más precisamente, nació como un desprendimiento de la nobleza en proceso de descomposición, cuando la *noblesse* comienza a ser reinterpretada como una serie de atributos adquiridos, antes que una condición heredada (es la época en que proliferan las “escuelas para nobles”) y murió con la Revolución, cuando los intelectuales son convocados a ejercer funciones políticas. Los capítulos dos y tres están dedicados a analizar la serie de circunstancias que, combinadas, permitieron la aparición de la *république des*

lettres. Sintéticamente, se trataría de un período de transición en que el estado moderno comienza a abrazar una inmensa cantidad de funciones nuevas para las cuales, sin embargo, no se encontraría aún capacitado. Es la época en que los antiguos mecanismos de control social se desintegran rápidamente (surgen los “hombres sin amo”, liberados de las ataduras consuetudinarias, y que amenazan trastocar las jerarquías y el orden tradicional) y, dicho en palabras de Tocqueville, los hombres de letras “se hacen cargo de la dirección de la opinión pública” (p. 53). Este “hacerse cargo” representaba, sin embargo, mucho más que un mero “cambio de guardia en el frente de un palacio inalterado” (p. 50). Los intelectuales encarnaban una determinada forma de sociabilidad, fundada exclusivamente en la autoridad de la Razón, a la que impondrían entonces como modelo para el conjunto de la sociedad. Surgirá así un nuevo régimen de *poder-conocimiento* centrado en torno a la capacidad de intervención y la fuerza disciplinante del estado.

La metáfora que mejor representa este nuevo régimen es la del jardinero, tema del capítulo cuatro. El jardín tiene siempre un aire de artificialidad que requiere de una permanente supervisión y vigilancia. El jardinero, a diferencia del guardabosques —que, confiado en la abundancia de los recursos que los seres tienen a su alcance, simplemente se encarga de que nada interfiera en el ciclo natural (cuyos misterios

desconoce)—, goza de una confianza nueva en sus poderes para modelar el medio, pero, al mismo tiempo, consciente de la fragilidad del orden impuesto, sabe que no puede nunca suspender su vigilancia sin que el mismo se convierta en un caos. El siglo XVI, que precede a la institución de la república de las letras, es, para Bauman, el de la gran “crisis pirroniana” en que se derrumba la idea de un orden natural sabia y espontáneamente articulado. El mismo es degradado a un ámbito caótico de pasiones salvajes e incontroladas (la hobbesiana “lucha de todos contra todos”). Es también cuando se descubre que las diferencias culturales no son hechos dados de una vez y para siempre, sino culturalmente contruidos, históricamente modificables, y, por lo tanto, políticamente manipulables. El término “civilización” tiene allí su punto de partida, aunque sólo más tarde cobra la forma de un sustantivo (originalmente éste aparece como verbo, “civilizar”, expresando así, sugestivamente, una acción antes que un estado).

La Revolución hereda, para Bauman, este *élan pedagogique*, el ideal de una república pedagógica. Pero con ello termina también el relativo aislamiento de que durante el antiguo régimen la República de las Letras había disfrutado. La “experiencia” se convierte entonces en “proyecto”; y con ello desaparecen las condiciones que la habían sostenido. El capítulo siete analiza las vicisitudes que atraviesa la siempre tensa relación que desde entonces se establece entre *poder y conocimiento*. Sin embargo,

aunque tensa, no dejaba de ser una relación, constituyendo ambos polos partes indisociables de un mismo complejo. Mientras continuase planteado el problema de la “legitimidad”, el estado no podría desprenderse de la —muchas veces molesta— compañía del intelectual. Sólo podrá hacerlo cuando el peso de la reproducción del sistema se traslade al ámbito de las relaciones privadas.

Los capítulos ocho a once analizan esta “caída del hombre público” de que habla Richard Sennett, esto es, cómo el mecanismo de la “seducción del mercado” (Bourdieu) ocupa finalmente el lugar de la legitimidad pública de las instituciones políticas como soporte de la organización social. Sin embargo, esta imagen de un mundo completamente regimentado sistémicamente es, para Bauman, parcial; oculta el componente ineliminable de represión que dicho sistema supone: los *seducidos*, dice, tienen siempre como contrapartida a los *reprimidos*, sin los cuales la *seducción* no poseería ningún valor ni empujaría a nadie a buscarla. Este desplazamiento de la “legitimidad” a los mecanismos del mercado como soportes de la integración hace efectivamente superfluo al intelectual tradicional, vaciando de sentido su rol tradicional como *legislador*. Pero esto, para este autor, no necesariamente conlleva su desaparición como tal. Se trataría, más simplemente, de un nuevo proceso de redefinición de su *sitio estructural*. Bauman concibe

este nuevo rol según el modelo del *intérprete*.

La fragmentación de los espacios de autoridad habría, en efecto, vuelto imposible al intelectual situarse en el lugar de la Razón y pretender dictar normas universalmente válidas al conjunto de la sociedad. No obstante, su capacidad y actividad específica (el conocimiento) le permitiría aún, en cambio, hacerse cargo de otra empresa fundamental para el funcionamiento de las sociedades: la de *traducir* culturas extrañas en términos que resulten familiares a la propia y así vehicular el diálogo mutuo. Más específicamente, según afirma Bauman siguiendo a Richard Bernstein, al intelectual le cabría hoy el doble rol de *legislador* intracomunitario (“explicitar las reglas que determinan quiénes son los participantes racionales en las discusiones y quiénes no”) (p. 206) y de *intérprete* intercomunitario.

Bauman, en realidad, reconoce que esta última definición no es más que un intento de intervención en un proceso en curso, un posicionamiento en una lucha aún abierta por el sentido y la función a atribuir a este sitio estructural. No es ajeno, por otro lado, a los problemas que su definición del papel del intelectual como intérprete plantea. El más fundamental de ellos, afirma, es el de trazar los límites de la comunidad dada, producir esa escisión que separe a los extraños de los propios (y, en consecuencia, permita distinguir el ámbito respectivo para ambos roles ahora atribuidos al intelectual). Con la pérdida de la

centralidad del “estado-nación”, dice, se habría también quebrado el espacio natural para la acción del intelectual-legislador. Sin embargo, dicho problema resulta, a su vez, de otros menos advertidos por Bauman pero que surgen de su propia propuesta.

Hacia el final del libro parecen hacerse más claramente manifiestas ciertas limitaciones inherentes al tipo de enfoque que Bauman utiliza y que él denomina el “método configuracional”. En efecto, algunas de sus conclusiones no parecen poder sostenerse a partir de un análisis centrado exclusivamente en un determinado “sitio estructural” sin consideración de las “relaciones globales” en el que el mismo se inserta, y ello conspira contra la plausibilidad de las mismas. Bauman, en principio, quiere escapar a ciertas visiones posmodernas cerradamente pesimistas que consideran que los mecanismos del mercado habrían ya borrado definitivamente las contradicciones sociales, que habríamos, en fin, alcanzado una suerte de “fin de la historia”, para decirlo en los términos popularizados por Francis Fukuyama (pero cuyas premisas Bauman descubre también en pensadores menos apologéticos del capitalismo —o poscapitalismo—, como Pierre Bourdieu, por ejemplo). Sin embargo, al excluir las consideraciones relativas al funcionamiento global de nuestras sociedades “posmodernas” no logra explicar por qué la contradicción entre seducidos y reprimidos constituye un componente estructural de las

mismas, intrínseca a su propia lógica de funcionamiento —como lo fuera, en el análisis marxista tradicional, la contradicción entre burgueses y proletarios—, de otro modo que no sea más que como un puro “efecto de discurso”: la necesidad genérica en la delimitación discursiva de espacios mediante el establecimiento de exclusiones tendientes a producir una escisión estructural constitutiva. Su crítica a la posmodernidad parece así reposar en un recurso lingüístico que no llega a explicar por qué el sistema no podría reproducirse exclusivamente sobre la base de los mecanismos del mercado reduciendo a todos al papel de seducidos, pasivos consumidores de bienes mercantilizados. Un defensor de la así llamada posmodernidad bien podría replicarle que, partiendo de su misma perspectiva, y aun cuando los reprimidos no alcancen a eliminarse completamente, bien podrían reducirse, como decía Leibniz con respecto al origen del mal, a ese mínimo necesario para permitimos disfrutar del “bien” del mundo consumista posindustrial. Por otro lado, y más allá del hecho de que este “método configuracional” torna endeble sus conclusiones, el punto aquí es que su análisis tiende así a caer en la falacia que él denuncia al comienzo del libro de “tomar el tópico por el recurso”. Cuando pasa a analizar el rol actual de los intelectuales sus explicaciones se vuelven marcadamente tautológicas: la percepción de la fragmentación posmoderna de los ámbitos de autoridad,

por tomar un ejemplo, se debería, efectivamente, a la fragmentación actual de los espacios de autoridad, y así sucesivamente.

Esta última consideración nos conduce, a su vez, a otra serie de cuestiones de índole epistemológica que la propuesta de Bauman involucra pero que no se encuentran aquí tematizadas. La crítica posmoderna tiende no sólo a cuestionar el rol tradicional del intelectual como legislador sino, y fundamentalmente, como intérprete. La fragmentación de los ámbitos de saber haría imposible no sólo el establecimiento de normas universales, sino, fundamentalmente, la “traducibilidad” de los términos pertenecientes a culturas o tradiciones diversas entre sí. En definitiva, la crítica posmoderna no abre el espacio a la hermenéutica sino que se origina precisamente a partir de la quiebra de la idea hermenéutica. Y esta contradicción tiene repercusiones en su narrativa. Su apelación a la idea del intelectual como intérprete no surge de su propio relato, en el que retoma una línea crítica de la modernidad que denuncia a toda forma de saber como un mero intento de “manipulación” social por parte de los chamanes-intelectuales modernos. En todo caso, cabe admitir que, considerados en términos epistemológicos, no existe una asimetría fundamental entre ambos roles que Bauman le asigna a los intelectuales: la pretensión de conocer *la* verdad respecto de la estructura del mundo y de la sociedad no difiere, a este nivel, de la de poseer *la*

interpretación “correcta” respecto de una cultura exótica.

Las consideraciones precedentes no intentan desvalorizar los aportes indudables de *Legisladores e intérpretes*, sino sólo marcar su límites y señalar aquellas cuestiones que necesitan aún mayor elaboración. La posibilidad de su señalamiento como tales es, por otro lado, otra de las contribuciones por la que este libro merece reconocimiento. De todos modos, y por esa misma razón, no es posible evitar la sospecha de que éste constituirá el costado más efímero de este texto. Como decía Borges con motivo de la muerte de Paul Groussac, “no hay muerte de escritor sin el inmediato planteo de un problema ficticio, que reside en indagar —o profetizar— qué parte quedará de su obra. Este problema es generoso, ya que postula la existencia posible de hechos intelectuales eternos fuera de la persona o circunstancias que los produjeron; pero también es ruin, porque parece husmear corrupciones” (“Paul Groussac”, *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 232). Con los textos, inevitablemente, ocurre algo similar.

De hecho, *Legisladores e intérpretes* admite al menos dos tipos de lectura. Éste puede leerse como un intento de teorización de la sociedad moderna “en términos del proceso racionalizador, producto de las ambiciones legislativas institucionalizadas” (p. 272) y que converge hacia una sociedad sistémicamente regimentada. O bien, siguiendo más fielmente el postulado original de Bauman, como el

relato del proceso histórico por el cual el “intelectual” se recorta históricamente como rol y se establece como espacio institucional. La primera perspectiva seguramente resultará más afín a las visiones neofrankfurtianas de la sociedad contemporánea hoy en boga en ciertos sectores intelectuales, y parecerá más atractiva entre aquellos que buscan intervenir en una lucha ideológica hoy en curso. El precio teórico de esta intervención deriva, como vimos, del borramiento correlativo del “espacio de pensamiento” (*Warburg*), de la imposibilidad de objetivar fenómenos aún en proceso de definición. La segunda lectura alinea la obra de Bauman en el horizonte de la historia intelectual como una apertura a un campo de investigación hoy sólo parcialmente explorado y que promete ser fuente de importantes aportes teóricos y hallazgos empíricos (algo de lo que *Legisladores e intérpretes* sirve, sin duda, de testimonio). Oponer ambas lecturas es, si no ocioso, sí en gran medida arbitrario. Discutir cuál es la proyección que tendrá esta obra es, en definitiva, un problema ficticio, pero, al mismo tiempo, inevitable. Implica, además, un ejercicio que, como decía Borges, es siempre generoso y ruin a la vez. Aun así podemos confiar en que ésta no pasará inadvertida entre los estudiosos del tema (y, probablemente, no sólo ellos) y que, sin duda, convocará más su generosidad que su ruindad.

Eliás José Palti
UNQ/CONICET